

¡Obreros de Guipúzcoa!

Os dijimos que vuestra resistencia iba a ser inútil. Los combates de San Marcial os habrán demostrado que no os engañábamos, que son vuestros directivos quienes os tienen en el engaño más ciego y criminal, exigiendo de vosotros sacrificios estériles.

Y para qué? Para mejorar vuestra vida, vuestro porvenir? Que contesten a esto los obreros de Madrid, vueltos ya a la jornada de 10 horas mientras gobernantes y cabecillas en lujosos automóviles recorren las zonas de retaguardia, lejos de los tiros y de las privaciones, y mientras vuestros Ministros y Diputados buscan cómodo refugio en París.

Nosotros queremos solamente el bien de España, el de toda España, el vuestro también. Por esto volvemos a deciros:

Nuestras tropas, nuestra Artillería, nuestra Aviación, cuya superioridad acabáis de experimentar, aumentan de día en día; en todas nuestras Ciudades de retaguardia, masas de soldados forman nuevos batallones. Nuestra ofensiva va a continuar, y toda resistencia ha de ser arrollada, con la ayuda de Dios.

¡Apartaos de la lucha! ¡Exigid que vengan a batirse esos fugitivos!

Decir a vuestros cabecillas y a vuestros auxiliares extranjeros que se batan ellos, porque vosotros vais a resevar las fuerzas de vuestros brazos para el trabajo fecundo de hacer con nosotros una España mejor, una España justa y fuerte!

Una última advertencia: En otras provincias—y tal vez también en la vuestra—se han mezclado en vuestras filas contenedores de malhechores, que en las últimas convulsiones de la lucha han cometido los excesos más criminales y más vergonzosos. Impedid vosotros que en vuestro territorio ocurra lo mismo, si quereis hallar clemencia; pero no olvideis que del menor desmán que se cometa, se exigirá a todos cuenta estrechísima, rigurosa e implacable.